

FEDERICO URRECHA

Hace algunas años Federico Urrecha componía novelas de más de trescientas páginas, y era uno de los jóvenes novelistas más notables de España; hoy sólo escribe relatos breves, y es uno de los más admirables cuentistas del mundo. De alguna de sus novelas, sin embargo, ha dicho alguien: « Aun no desaparecen de ella los choques estudiados de la pasión, ni los personajes hablan y obran de propia cuenta, ni la verbosidad del autor sabe ocultarse cuando debe »; en tanto que de sus *Cuentos del lunes* no puede decirse sino que son encantadores. — Como prueba basta la historieta que publicamos á continuación.

¡NOCHE DE REYES!

La verdad es que aquellas Navidades pasadas entre las postreras angustias del sitio, fueron endiabladamente tristes y azarosas, porque para fin de año apretaron los otros el bloqueo con ahinco tal, que el día de Inocentes apenas si probamos los provinciales más que la ración de arroz.

El sargento Ránula, encargado de la instrucción de pelotones, andaba mohíno y con cara de temporal por los dormitorios del cuartel, y cuando se hablaba de nuestras fatigas decía filosóficamente y frunciendo el ceño:

— Si seguimos así, *meramos*.

Y podía ser verdad. Ya por los cafetines y tabernáculos de Muérdales se murmuraba de la pasividad en que estábamos, y los mismos oficiales, enmohecidos en aquella vida de topo, sin otra distracción que el juego en aquellos billares humosos y sobados del *Círculo fraternal* de la plaza Vieja, no se recataban para decir que había que herrar ó quitar el banco.

Para colmo de desventuras fueron, como os digo,

aquellas Navidades sombrías; creo que nadie en Muérdales salió de un poco de carne, excepto algunos egoístas de esos que guardan las aves engordadas para ellos solos, aunque la guarnición reviente de hambre. Durante aquellos días el viento del este, que azota en Muérdales como una maldición, se desató por las calles con fuerza tal que nadie, fuera de las rondas, se atrevió á asomar la cabeza, y nosotros, que fuimos con el sargento Ránula á cubrir la avanzada del exconvento de Premostratenses teníamos que estrecharnos en las cunetas de las callejas porque el soplo violento del este nos hacía vacilar, lo cual hacía soltar á Ránula, cada vez que sucedía, un juramento capaz de estremecer las piedras.

Tan derecho venía el viento, que en los Premostratenses oíamos como si los hubiésemos tenido á dos pasos á los otros que iban y venían por el terraplén cortado de la vía férrea, jurando como Ránula y probablemente tan disgustados como él, porque nada se hacía para acabar de una vez con aquel maldito bloqueo que nos iba dejando, en fuerza de comer mal, como soldados fantásticos de un ejército hambriento.

* * *

Aquella noche, última del año, visitó el puesto el comandante Regajales, que á decir verdad, y para haber sido hasta un día antes del bloqueo afinador de pianos en Muérdales, no llevaba muy mal el uniforme

de provinciales. Ránula, que se comía por murmurar de todos, decía con su pintoresco lenguaje y su caída de tono aragonesa, que el comandante era bueno sólo para pelear con *las cuerdas brocales del peano*; pero esto no se sabía aún por no haberse presentado ocasión de demostrarlo. Si que Regajales, regordete y achaparrado, no tenía figura muy heroica, pero en el pliegue severo y hasta algo duro del ceño, hacía sospechar bajo sus maneras dulces y apaisanadas no sé qué de firme y resuelto.

Supimos por él aquella noche que había atravesado la línea un portapliegos, que habían llegado órdenes y que probablemente, para antes de Reyes, habría algo. Aquella noticia, dada alrededor del brasero que apenas templaba el ambiente helado de la avanzada de los Premostratenses, casi fué recibida con júbilo, á pesar de que muchos de los que allí estaban podían no estar ni allí ni en parte alguna el día de Reyes. Pero nadie piensa nunca que él sea el elegido por la mala suerte, y en fin de cuentos, casi valía más quedarse boca arriba en el terraplén de la vía férrea, que seguir pudriéndose de aquella manera.

* * *

Regajales estuvo con nosotros casi toda la noche; contra su costumbre habló poco y contenido, con algo de grave y místico en la voz que dejó suspenso á Ránula, que no le había visto nunca así. Regajales andaba preocupado con lo que pudieran hacer los

provinciales si se hacía una salida para romper el bloqueo por alguna parte. En la comandancia militar, donde había estado por la tarde, parece que la gente del Estado mayor se había encogido de hombros al verle, y él había salido sin decir palabra, pero evidentemente mortificado. Comprendí que en aquel corazón de afinador de pianos, había un fondo de dignidad por el cumplimiento del deber, y di con el codo á Ránula que, á pesar de tener menos sutileza de espíritu que un quinto sin domar, me comprendió y miró esta vez á Regajales con profundo respeto.

Se marchó cerca del amanecer casi seguro de que ninguno de nosotros dejaría mal á los provinciales de Muérdales, y prometiendo que allí mismo, en la avanzada de los Premostratenses, comeríamos todos la cena de Reyes si no se lo llevaban todo los demonios y seguía siendo nuestro Muérdales.

* * *

El día 5 por la noche corrieron la órdenes de puesto en puesto, y antes de salir el sol nos echamos fuera como lobos hambrientos y resueltos á todo; el primer obstáculo, el repecho agrio del terraplén del ferrocarril, costó más de cuarenta provinciales, unos que no llegaron á subir y otros que rodaron desde arriba. Y ¡oh visión inolvidable de aquel día tremendo! Regajales, el achaparrado y dulce Regajales se trasfiguró para todos nosotros como si hubiesen hecho de él un hombre nuevo. Él subió de los primeros hasta

el nivel de la vía, y allí, moviendo los brazos como un epiléptico, gritaba y juraba para animar á los que subían gateando, oyéndose su voz, que decía entre el ruido de los fuegos de flanco que los otros hacían desde la curva próxima al túnel:

— ¡Arriba! ¡Arriba!

Al fin subieron los provinciales, y Regajales, que parecía loco, echó bravamente hacia la boca del túnel que se encendía, de segundo en segundo, con el resplandor rápido del fuego. También aquel trozo de 200 metros hizo horrenda sangría en los provinciales; dos veces vacilamos y las dos veces volvió Regajales con el sable en alto y pateando sobre la vía como un energúmeno, hasta que todos, con la cabeza baja, nos metimos por la boca oscura del túnel. Ya allí, de la batería de los Premostratenses vino un cañón que barrió aquél al buen *tun tun*. Descansamos y nos contamos... Desde el exconvento al túnel se habían quedado en el camino doscientos provinciales.

* * *

Hasta la noche, noche de Reyes, no dimos con el gran Regajales. Le había llevado la ira hasta el centro del túnel; tenía un boquete apenas perceptible en la sien derecha, y por allí se había ido, con ser tan chico, la vida. Estaba sentado, con la espalda en un rintero de traviesas, adonde sin duda había ido á morir solo, en aquellas tinieblas heladas.

Le llevamos al exconvento y le pusimos sobre

un camastro respetuosamente entre Ránula y yo.

Encendimos lumbre, porque tiritábamos de tristeza y de frío, y recordamos la cena de Reyes que debíamos haber tomado en aquel sitio mismo. Ránula, el cerdoso y áspero Ránula, estuvo largo rato mirando el cuerpo rígido y blanco del heroico afinador de pianos, y temiendo sin duda que yo sospechara en en él blanduras de corazón, echó un pañuelo sobre el rostro de Regajales y dijo, hablando con el muerto:

— ¡Vaya una noche de Reyes, amigo!

Pero yo vi bien que Ránula se volvía para limpiarse una lágrima con la manga del capote.

EL PÁJARO VERDE

POR

JUAN VALERA